

Familia y Competencia Social

Zoe Bello Dávila

Facultad de Psicología Universidad de La Habana,
Cuba. Centro de Referencia Latinoamericano para la
educación especial (CELAEE)

Si como dijera Vygotski, que para entender al individuo hay que conocer las relaciones sociales en las que se desenvuelve, se desprende de aquí el gran papel que desempeñan las relaciones interpersonales en la conformación de nuestra estructura psicológica.¹

Como lo expresa la ley genética fundamental del desarrollo, formulada por este autor, cada función psicológica en el desarrollo del niño, aparece por lo menos dos veces, en el plano social y luego en el plano psicológico, es decir, primero entre las personas y después como categoría intrapsicológica. De aquí se desprende la idea de que la dimensión social de la conciencia es primigenia en tiempo y hecho, en relación con la dimensión individual de la conciencia, que resulta entonces, derivada y secundaria. Es decir, que las relaciones sociales como relaciones entre las personas subyacen genéticamente a todas las funciones superiores y a sus relaciones.

Este sistema de vida psíquica compartida que muchos llaman interpsicológico, tiene lugar, de manera preferencial, en el marco de pequeños grupos, cuyos miembros se implican en una dinámica comunicativa. Esto revela la importancia primordial de la relación social en el desarrollo psíquico, como la fuente donde el niño recibe el material para la formación de sus cualidades psíquicas y las características de su personalidad.

Lo social externo y las características del individuo, son dos polos inseparables en el desarrollo. La situación social del desarrollo fue una categoría introducida por Vygotski, y que expresa, de manera esencial, la unidad de ambos factores. La situación social del desarrollo es la combinación especial de las condiciones externas a las que está sometido el niño, y a los procesos internos de desarrollo que se dan en él. En esta combinación, lo social es sumamente importante por cuanto está determinando la naturaleza de las funciones psicológicas que surjan en el niño.

¹ VYGOTSKI, S.L. *Historia de las funciones psíquicas superiores*. Ed. Científico-Técnica. La Habana, 1987.

Las condiciones de educación, la familia, la escuela y las instituciones sociales, juegan en este proceso un rol importante. Es nuestro interés detenernos y profundizar en el papel correspondiente a la familia, ya que cada vez más, ésta se ha revelado como un posible pronosticador del éxito, o por el contrario, como una fuente de riesgo para el desarrollo del niño y su logro en la competencia social que éste demanda para enfrentar las distintas tareas del desarrollo, y el ajuste a las exigencias sociales que le reclamará la vida.

La fuente principal para el desarrollo del niño es la familia, por ser en su núcleo donde se experimentan el mayor número de vivencias emocionales. La familia comprende a todas aquellas personas que tienen un vínculo de relaciones afectivas estables. Lo principal en este caso, es el grado de intimidad de los vínculos afectivos.

Desde el punto de vista educativo, la experiencia de las mejores familias, y el análisis de las mismas, demuestra, de manera convincente, la forma fructífera en que influye el micro-clima de la familia sobre la educación general de los hijos. La familia tiene la obligación ante la sociedad, de conducir el desarrollo integral de sus hijos y contribuir a su formación física y espiritual. La participación de los padres en la educación del niño, así como el estilo del proceso de comunicación verbal y contacto físico de padres e hijos, influye en la formación integral de los mismos, su capacitación intelectual y salud emocional.

A la familia se le adjudican generalmente tres grandes funciones:

1. *Función económica*, de manutención, de satisfacción, de necesidades materiales.
La familia como sustento económico de sus miembros.
2. *Función biológica*, reproductiva o de crecimiento demográfico.
3. *Función educativa y de satisfacción de necesidades afectivas y espirituales*. Esta función adjudica a la familia el papel primordial de educar a las nuevas generaciones.

La eficacia de estas funciones, depende de una interrelación entre ellas, y de la calidad de los recursos de que se disponga para la realización de las mismas.

Los padres son los primeros educadores del niño; a través de ellos, el niño recibe las primeras informaciones acerca del mundo que le rodea; a través de los padres, el niño conforma su imagen del mundo. En el seno de la familia, los niños adquieren o se

apropian de las formas de comunicación, de los valores, de las normas de conducta que le permiten relacionarse con los demás. Es también en el marco de su familia y, fundamentalmente, a través de sus padres que el niño trata de comprender lo que acontece fuera de él, trata de encontrar explicación a los fenómenos que observa, y aprende a dar solución a los problemas que se le plantean.

Conductas de los padres tales como leer a los niños, discutir temas de interés intelectual y escuchar sus opiniones, no son habilidades arbitrarias que se aplican a todos los niños, sino habilidades utilizadas por padres con estilos o estrategias educativas, que favorecen o posibilitan la capacitación o potenciación intelectual y emocional de los hijos. En el seno de una familia el niño no sólo inaugura sus emociones, sus sentimientos, el descubrimiento de su propia existencia, sino que también en su seno continua viviendo y busca la felicidad y el bienestar.²

Estudios realizados, evidencian que una adecuada relación padre-hijo en el seno de la familia, es una buena predicción de éxito, en el cumplimiento de las tareas del desarrollo.

La familia es concebida como el ámbito de socialización de los hijos, es un grupo peculiar que funciona por metas internas, en la afirmación y desarrollo de la subjetividad de sus componentes como es la seguridad y la autoestima.³ La familia es lo que da vida al ser humano, constituye el espacio vital que asegura su existencia y hace posible su desarrollo. Es en el seno de una familia que el niño debuta ante este complicado mundo que lo recibe. ¿Qué es una familia para el niño? Es ese grupo maravilloso donde a veces poco se entiende y a la vez todo parece posible, donde satisface sus primeras necesidades, recibe las primeras orientaciones; es el grupo al cual debe corresponder, según ciertas expectativas, donde aprende a probar sus fuerzas y posibilidades, donde teje sus fantasías y donde ante todo se prepara para insertarse en el mundo grande de afuera, en ese *anchuroso* mundo como dijera el pequeño príncipe.

También la familia tiene la misión de ofrecer al niño los recursos necesarios para enfrentar el reto que significa el desarrollo, la civilización, la vida social, la competencia, la felicidad. El niño ha de desarrollarse como un ser apto, estable emocionalmente, con autocontrol y capaz de satisfacer las reglas sociales.

Así, las relaciones familiares constituyen un factor de educación, y aun de manera informal, espontánea o natural, cumple sus funciones de instrucción, personalización, moralización y la socialización del niño. La eficiencia de estas uniones depende de la

² ARÉS, P. *Mi familia es así*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1990.

³ QUINTANA CABANAS, J. *Pedagogía familiar*. Nancea. Madrid, 1993.

interrelación entre ellas y de la calidad de los recursos disponibles para llevar a cabo tamaña labor. Podríamos resumir la misión de la familia diciendo que debe ofrecer las condiciones necesarias para que en ella germe un futuro adulto competente.

Esta competencia se manifiesta o evalúa a lo largo de la vida del niño, según diversos criterios que responden a las expectativas de quienes lo rodean. Pero según los especialistas del desarrollo, existen criterios comunes para los padres y la comunidad en una cultura dada, que constituyen las llamadas tareas del desarrollo, por ejemplo:

- La adquisición del lenguaje y la diferenciación del sí mismo en la edad preescolar.
- El ajuste a la escuela, aprendizaje de la lecto-escritura, respecto a las reglas y la relación con los iguales en la edad escolar y
- El tránsito a la escuela media, la auto-identidad y las relaciones con el sexo opuesto en la adolescencia.

Estudios realizados evidencian que una adecuada relación padre-hijo en el seno de la familia, es una buena predicción de éxito en el cumplimiento de estas tareas.

Familia y competencia intelectual

Si observamos las distintas tareas que ha de enfrentar el niño, tenemos que las habilidades intelectuales o la cognición, constituyen uno de los requerimientos centrales, toda vez que al menos hasta la adolescencia, un criterio importante para el desarrollo, es el comportamiento en las instituciones escolares, fundamentalmente en términos de rendimiento o éxito académico.

Esto ha dado lugar a distintos programas de apoyo o intervención, encaminados a garantizar y en algunos casos a elevar las medidas intelectuales de los niños (léase generalmente C. I.) como vía para lograr un rendimiento académico exitoso.

Intentar involucrar a la familia en este empeño no es tarea fácil, en tanto requiere de los padres o interesados ciertos requisitos que no siempre pueden satisfacer. Esto no significa que la intervención familiar no sea posible, sino, que hay que buscar las vías por las cuales ésta sea más eficiente.

Después de analizar la literatura al respecto, coincidimos con los que conciben la intervención de la familia no dirigida puntualmente al desarrollo intelectual del niño,

sino al logro de su competencia social, y en consecuencia, las tareas a realizar por la familia, deben ser inherentes a la vida familiar y no a un programa adicional.

Los problemas relativos a la inteligencia, que son sin duda un indicador de competencia y condición para un desempeño exitoso, no sólo tiene que ver con la cognición formal, sino también con los problemas de la desnutrición, el cuidado por sustitutos de los padres, intervención educativa, sistemas de apoyo familiar y los efectos de ingresos económicos.⁴

El conocimiento actual de las causas de la pobreza, permiten recomendar diferentes tipos de programas, que cobran importancia, pues al reducir la extensión de la deficiencia mental, resultan políticas relacionadas con la inteligencia. Así, tenemos el consejo genético, programas de nutrición para embarazadas, programas de salud, formación de padres para mejorar la educación de los hijos, y hasta ingresos garantizados para toda la familia.

Al analizar el papel de la familia en el desarrollo general del niño, resultan interesantes aquellos casos de deficiencia no orgánica, llamados retraso familiar. Si bien el mecanismo que explica la relación entre estas condiciones de la familia y el rendimiento o deficiencia mental del niño no ha sido aún esclarecido; es decir, ¿por qué la relación entre deficiencias e ingreso?, ¿por qué la deficiencia prevalece en los años escolares?, ¿por qué el C.I. es un pronosticador imperfecto en el resultado vital de este grupo de deficiencias?

Estos fenómenos parecen referirse a problemas de socialización e interacción social. Como señalan algunos estudiosos, las personas levemente deficientes pueden ajustarse bien o mal a la sociedad, dependiendo de factores tales como la educación recibida, la disponibilidad de empleos, la naturaleza de la familia y los sistemas de apoyo familiar. Sobre esta base, las posibilidades de la familia son amplias en tanto la competencia y/o adaptación de cada día, es más una función de la personalidad que una función de los factores estrictamente cognitivos.

La competencia entendida como patrones de una efectiva adaptación al medio, según la edad medio o cultura, o como ejecución en un dominio específico, tiene indicadores para las diferentes edades, donde resulta claramente implicada la participación de la interrelación familiar. Así por ejemplo, la autorregulación de las emociones y la conducta, aparece ligada al desarrollo de la competencia en varios dominios durante

⁴ MASTEN, A. y J. Coatsworth, *The development of Competence in Favorable and Infavorable Environments*. American Psychologist. S.I., 1998.

la edad temprana. Aquí resulta esencial el papel de los padres pues, desde el segundo año de vida, trasmiten reglas y expectativas, primero respecto a la seguridad del niño y después acerca de costumbres familiares.

En la edad escolar aparecen como indicadores de competencia:

- la relación con los iguales. Esto se asocia tanto a un alto C. I. como a una historia parental positiva. Teóricos del desarrollo afirman que la relación con iguales tiene sus raíces en la relación de familia.
- Conducta social adecuada. A este indicador se le asocia fuertemente la conducta y los patrones brindados por los padres.
- Rendimiento académico. Si bien este indicador responde a recursos individuales tales como habilidades cognitivas y de motivación, a éste se le asocia fuertemente con los recursos familiares, en términos de estilos parentales, implicación paterna y transmisión de valores.

Resumiendo, es importante reflexionar que la capacidad cognitiva no es el único factor en el desempeño de un futuro exitoso.

Familia y competencia emocional

Si bien el éxito académico es una demanda social y por lo tanto un objetivo hacia el cual la familia dirige gran parte de sus esfuerzos, ello no agota la satisfacción de todas las aspiraciones familiares respecto al hijo, a quien no le garantizan el logro del éxito futuro ni la felicidad personal.

Cualidades como la empatía, capacidad de adaptación, la independencia, la cordialidad, la comprensión de los sentimientos de los otros y el autodominio, son deseadas por los padres como caracterizadoras de la personalidad de su hijo y, a la vez, resultan cada vez más implicadas en el logro del éxito social y personal.

La inteligencia emocional fue definida por Salovey y Mayer como *un subconjunto de la inteligencia social que comprende la capacidad de controlar los sentimientos y emociones propios; así como los de los demás, de discriminar entre ellos y utilizar esta información para guiar nuestro pensamiento y nuestras acciones*.⁵

Si bien las capacidades específicas que comprenden esta inteligencia no pueden quizás ser medidas como las tradicionalmente comprendidas en un C. I., sí nos podemos poner de acuerdo acerca de la importancia de cualidades como la amabilidad, la confianza en sí mismo, el respeto a los demás, y su reconocimiento y estimulación en los niños.

En un hecho que la mayoría de los padres tratan de ofrecerles oportunidades de enriquecimiento a los hijos, suponiendo que al hacerlos más inteligentes, tendrán mayores probabilidades de éxito. Desde muy temprano los niños son sometidos a planes de estimulación y es no raro verlos ante un teclado de computadora aun antes de ser capaces de razonamientos complejos.

Estudios recientes muestran que estos esfuerzos han dado resultado al menos en aquellas habilidades medidas por los *tests* de inteligencia que arrojan un aumento del C. I. entre 15 y 20 puntos. Es decir, que comparando a los niños de hoy con los niños de principios del siglo XX, los niños de hoy son intelectualmente más inteligentes.

Sin embargo, resulta paradójico que al lado de este logro se observe con gran preocupación una vertiginosa disminución de las capacidades emocionales y sociales de estos niños. Cada vez son mayores los índices de conductas negativas como suicidios, actos de violencia contra los otros, abandono escolar o depresión. Esto va acompañado de una relación interfamiliar que cada vez más, se considera crítica, caracterizada por la falta de comunicación efectiva y afectiva entre sus miembros, en particular por fuertes discrepancias inter-generacionales, y un estilo de vida casi en paralelo entre padres e hijos, debido a la falta o pobreza de contactos mutuamente enriquecedores.

Si bien no consideramos que las causas únicas de estos llamados desajustes sociales y emocionales sean de carácter psicológico, pues no es posible obviar su soporte socioeconómico, sí es conveniente prestar atención a un conjunto de estudios realizados en los últimos tiempos, encaminados a brindar pautas y estrategias dirigidas a fomentar en los niños una serie de cualidades que los ayuden a adaptarse mejor, a tener mayor control, o simplemente ser más felices, como base para llegar a ser adultos más responsables, atentos y productivos.

La revisión de la literatura dedicada hoy a este tema, nos permite destacar algunas áreas que resultan privilegiadas al conformar las estrategias, para ponerlas en práctica tanto por los padres como por los maestros en la labor de capacitación socio-emocional de los hijos y educandos.

⁵ SHAPIRO, *La inteligencia emocional de los niños*. Grupo Zeta. S.I., 1997.

Algunas de estas áreas son:

- Emociones morales: la preocupación por los demás. Se trata de cualidades como la empatía, el valor de la sinceridad y manejo de la mentira.
- Capacidades de pensamiento: la cognición como vía para cambiar nuestra manera de sentir y resolver problemas. Comprende cualidades como el pensamiento realista, el optimismo, lenguajes peculiares que ayudan a la solución de problemas y la búsqueda de alternativas.
- Capacidades sociales: llevarse bien con los demás. Aquí están implicadas cualidades como el saber hacer amigos, el buen uso del humor, saber conversar y funcionar en grupo, y otras.
- Las emociones: reconocer y utilizar adecuadamente las reacciones emocionales. Se trata de reconocer las propias emociones, su traducción en palabras, el autodominio y la automotivación.

Una experiencia muy positiva ha sido el estudio de los llamados padres capacitadores, los cuales desarrollan estrategias de capacitación emocional con sus hijos, logrando en ellos un conjunto de cualidades que resultan ser pronosticadores de éxito escolar como son:

- La seguridad en sí mismo.
- Mostrarse interesado.
- Ser capaz de esperar.
- Saber qué conducta es la correcta y dominar el impulso de portarse mal.
- Seguir instrucciones y recurrir al maestro en busca de ayuda.
- Expresar las propias necesidades en su relación con los otros.

Finalmente, queremos plantear que el desarrollo intelectual y emocional del niño requiere de un sistema familiar que fomente y proteja su competencia. Es labor de los especialistas ayudar a los padres a encontrar las mejores vías.

Bibliografía

- ARÉS, P. *Mi familia es así*. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1990.
- MASTEN, A. Coatsworth, J. *The Development of Competence in Favorable and Infavorable Environments*. American Psychologist. 1998.
- QUINTANA CABANAS, J. *Pedagogía Familiar*. Ed. Narcea. Madrid. 1993.
- SHAPIRO, L. *La inteligencia emocional de los niños*. Grupo Zeta. 1997.
- VIGOTSKY, S. L. *Historia de las funciones psíquicas superiores*. Ed. Científico-Técnica. La Habana. 1987.